

EL CALVARIO:



***UN MISTERIO PARA
CONTEMPLAR Y ORAR***



En una sociedad donde vamos tan rápido cuesta trabajo detenerse y pensar un poco. Cuesta más trabajo todavía contemplar, que es ver con los ojos muy abiertos lo que hay más allá de lo que tenemos ante nosotros. Pero si se nos invita, además, a orar, a rezar, a meternos en diálogo abierto con Dios, la cosa puede parecer algo complicadísimo. Y, sin embargo, es lo más sencillo del mundo.

Las imágenes nos pueden ayudar y mucho, pero también las palabras. Te invitamos a meterte en el Calvario. A seguir los pasos de Jesús en los momentos claves de sus últimas horas en la tierra. En un recorrido de amor y de agradecimiento.

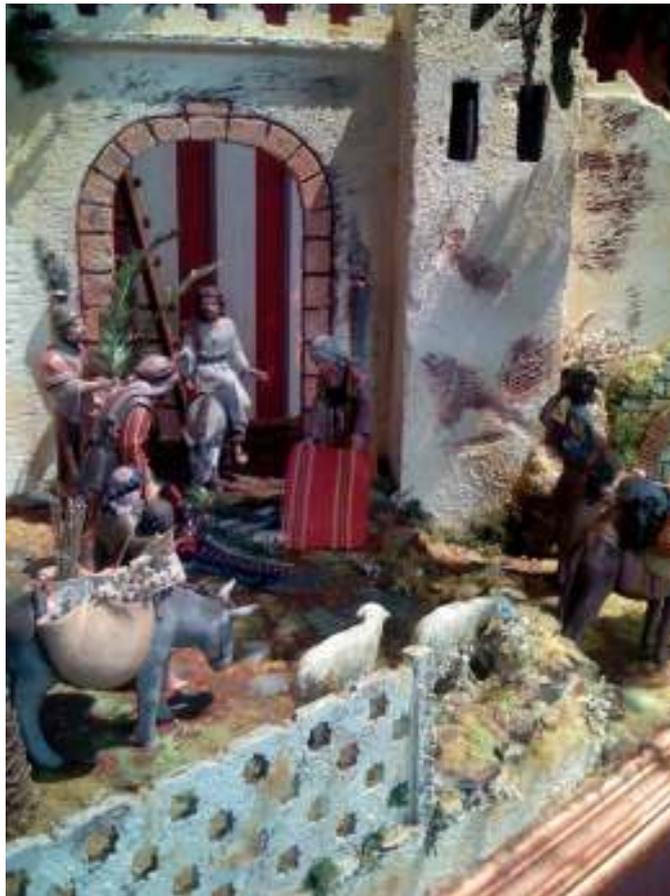
Sigue estas escenas que te proponemos, míralas no sólo con los ojos de la cara, sino con los ojos de la fe. Y seguro que aprendes muchas cosas del Señor y de ti.

Mira su amor. Nos quiere tanto que no se ahorra nada. No es que nos dé cosas, es que se da a Sí mismo hasta dejarse clavar en una cruz. Sigue sus pasos, hazle compañía. No le dejes solo. Dios hecho hombre nos espera, y cuenta con nosotros.

Después de ver y reflexionar, ya nada podrá ser igual. Habrá que tomar decisiones, y habrá que ponerse a funcionar. No cabe la indiferencia. Ojalá que sean decisiones de amor, de entrega, de olvido de uno mismo, para meterse de lleno en el Corazón de Cristo y desde allí en el de los demás.

LA ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN: PARA DIOS TODA LA GLORIA

Entonces llevaron el borrico a Jesús, echaron encima sus mantos, y se montó sobre él. Muchos extendieron sus mantos en el camino, otros el ramaje que cortaban de los campos. Los que iban delante y los que seguían detrás gritaban: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que viene, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas! Y entró en Jerusalén en el Templo. Marcos 11, 7-11.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Lo habían anticipado los profetas: el Mesías entraría triunfalmente en Jerusalén. Como rey de paz, aclamado por el pueblo. Allí está, lleno de sencillez, sobre un borriquito. A veces podemos pensar precisamente eso: que, dentro de nuestra sencillez, cuando tenemos el alma en gracia, Dios “se pasea” por el mundo amparado por un borriquito, ese burrito que soy yo. A Jesús lo aclamaron, porque se daban cuenta de que era alguien muy grande. Y efectivamente lo era: el Rey de Israel, el descendiente del rey por excelencia: el rey David. Él había sido rey de Jerusalén, y había sido amigo de Dios, pero su figura apuntaba al que vendría detrás: al Rabbí de Nazaret, que saldría de su descendencia. Jesús, que no es un rey a lo humano, sino el Rey de Reyes, quiere habitar en nuestros corazones. Cuánta grandeza hay en Dios hecho hombre. Y al mismo tiempo que efímera es la gloria humana. Aquellos mismos que ahora le aclaman, poco tiempo después pedirán su muerte.

Oración:

Señor, que cuando las cosas vayan bien y me alaben y me digan esto y lo otro, que sepa ser humilde. Que aprenda a decirte que no me aclaman a mí, porque yo no soy más que el burrito sobre el que Tú vas montado. Todo lo que soy y todo lo que tengo viene de Ti. Por eso podré decir con todas las fuerzas de mi alma: para Ti toda la gloria.

LA ÚLTIMA CENA: MISTERIO DE NUESTRA FE

Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tornad, comed: esto es mi cuerpo.» Y, cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias y se la dio diciendo: «Bebed todos; porque ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos para el perdón de los pecados. Y os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre.» Mateo 26, 26-28.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Jesús se reúne con sus amigos más íntimos, los apóstoles, para celebrar la Cena de Pascua. Y les abre su corazón en confianza de amor. Ellos, cuando les ofrece el pan y el vino para que lo tomen, intuyen que está haciendo algo especial. Es un anticipo de lo que va a ocurrir después en el Calvario. En una ocasión, los que seguían a Jesús tenían hambre y Él, con unos pocos panes y unos pececillos había dejado satisfechas a miles de personas. Ahora es algo mucho más grande: se da Él mismo. Es la máxima entrega. Esa noche, una noche tan especial, se realiza la Primera Misa. Aunque al principio no lo entendieran mucho, después ya sí lo entenderían bien, por eso los apóstoles y sus sucesores, los sacerdotes, harán lo mismo, y el Señor vendrá al altar y se ofrecerá como alimento para la salvación del mundo. Es el misterio de nuestra fe. Fe en Dios que no nos deja solos, fe en Dios que sabe que tenemos necesidad de Él, hambre de Dios, y quiere llenarnos.

Oración:

Señor, que crezca mi fe en Ti, que cada vez que participe en la Santa Misa te mire y rinda ante Ti mi cabeza y mi corazón. Que sepa poner mi alma de rodillas. Y ayúdame, Señor a recibirte como mereces: con pureza, con humildad, con devoción, como lo hizo tu Madre Santísima, como lo hicieron los santos.

LA ORACIÓN DEL HUERTO: OBEDIENCIA Y ORACIÓN

Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. Llegado al lugar les dijo: «Pedid que no caigáis en tentación.» Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra. Lucas 22, 39-44.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Después de la Última Cena, Jesús va con los suyos al Huerto de los Olivos. Llega el momento de llevar a cabo, en toda su crudeza, el encargo del Padre, y es obediente. La desobediencia de nuestros primeros padres, que quisieron vivir al margen de Dios, exigía una contrapartida: la obediencia del Hijo de Dios hecho hombre. La obediencia es ahora el cauce del amor y es signo de una libertad entregada. Obedecer por amor es la mayor de las libertades, porque no nos aprisiona el propio gusto, el propio deseo. De esta manera, el amor supera cualquier dificultad y busca el bien de los demás. Por eso Jesús . Es la demostración palpable de que la oración es el diálogo de los enamorados. Nos lo ha dicho con sus palabras y con sus obras: Jesús, en todo momento ora, unido al Padre, para pedir, para agradecer, para alabar y en los momentos de aflicción. El Señor nos enseña así a hacer que nuestra voluntad se haga una con la del Padre: “no se haga Mi voluntad sino la Tuya”.

Oración:

Señor, que aprenda de Ti a rezar, a estar muy unido al Padre, a abrirte el corazón de par en par para decirte todo lo que llevo dentro, lo bueno y lo malo, mis ilusiones, mis dolores, mis alegrías; y así, abriendo también mis oídos, podré escucharte y decirte que quiero sólo lo que quieras Tú.

LA FLAGELACIÓN DEL SEÑOR: EL SENTIDO DEL SACRIFICIO

Entonces Pilato tomó a Jesús y mandó que lo azotaran. Y los soldados le pusieron en la cabeza una corona de espinas que habían trenzado y lo vistieron con un manto de púrpura. Y se acercaban a él y le decían: “Salve, Rey de los judíos”. Y le daban bofetadas. Juan 19, 1-3.



Reflexión para ayudar a contemplar:

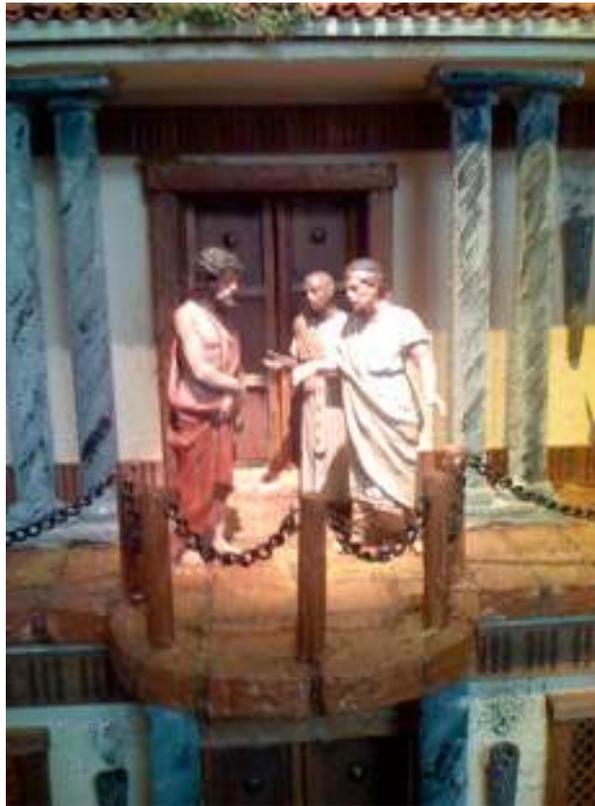
La flagelación era un suplicio atroz. Sobre todo cuando era al modo romano. Los judíos tenían por costumbre un modo de flagelar “más humano”. En este caso no es así. Despojado de las vestiduras el reo soportaba los golpes, al menos, de dos soldados que dejaban marcadas las carnes con latigazos secos que desgarraban la piel. Repetidos, inmisericordes. Debió ser un tiempo interminable y lleno de ese silencio denso: Jesús, el Hijo de Dios, el Cordero manso, no se queja. Los encaja por amor a los hombres. Y después, aquellos hombres le escupen, le abofetean. Y para acabar la burla trenzan una corona de espinas, como un casquete, que colocan en la cabeza del Salvador del mundo. Y le ponen un manto de púrpura, para seguir con esas bromas grotescas. Varón de dolores es el Señor. De Él dirá el profeta Isaías que no hay en Él hermosura que atraiga. Es la viva estampa del dolor, del sufrimiento más absoluto. ¿Cómo no conmoverse al ver su figura?. ¿Cómo no sentirse un poco abochornado cuando tendemos a quejarnos de nuestros problemas, de nuestras dificultades personales?

Oración:

Señor, que mire tu figura doliente, desfigurada por los golpes, por las afrentas de los hombres, por los pecados que marcan tu cuerpo. Que aprenda de Ti a encajar no sólo con resignación, sino como aceptación gozosa las contrariedades que pueda haber en mi camino. Y sepa ofrecértelo todo para mostrarte mi amor

EL ECCE HOMO: LA HUMANIDAD SANTÍSIMA DE JESÚS

Pilato, al escuchar estas palabras, condujo fuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Litóstroto, en hebreo Gabbata. Era la Paresceve de la Pascua, más o menos la hora sexta, y les dijo a los judíos: “Aquí está vuestro Rey”. Pero ellos gritaron: “¡Fuera, fuera, crucifícalo!”. Pilato les dijo: “¿A vuestro Rey voy a crucificar?” “No tenemos más rey que el César” respondieron los príncipes de los sacerdotes. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Y se llevaron a Jesús. Juan 19, 13-16.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Pilato tiene delante a un hombre singular. Y se da cuenta. Ve, con claridad que hay por parte de aquellos hombres resentidos, un afán grande de acabar con “aquel problema” que les ponía en evidencia ante el pueblo. Y, aún así no se deja conmovir. Ante la majestuosa humanidad del que es presentado como Rey de los judíos, lo único que se le ocurre es presentarlo ante el pueblo por si se apiadan de Él. Pero no mueve un dedo para salvarlo. Se refugia en el “no complicarse la vida”. Es la tibieza, la medianía que tantas veces es compañera de camino de los hombres. En lugar de sacar lo mejor de nuestra humanidad, poniendo a flote la gran dignidad a la que hemos sido llamados: hombres creados a imagen y semejanza de Dios, nos quedamos en lo más simplón. Nos quedamos en mantener el tipo. Nos quedamos en no hacernos notar, no vayan a pensar que somos unos exagerados. Y mientras tanto, como Pilato, seguimos negando a Dios, y seguimos poniendo de nuestra parte para seguir crucificándolo, para impedir que viva en nosotros y en los demás.

Oración:

Señor, miro tu figura y no puedo por menos de conmovirme. Quiero que seas mi espejo. Mi punto de referencia. Eres Dios que nos muestra su rostro humano. Cuánta grandeza hay en tu figura. Amarte no es algo abstracto, es reproducir en mi vida tus rasgos, es fijarme en todo lo que eres y reproducirlo en todo lo que soy.

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS: LA LUCHA DE CADA DÍA

Cuando le llevaban echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo y le obligaron a llevar la cruz detrás de Jesús. Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que lloraban y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: “Hijas de Jerusalén no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en que se dirá: ‘dichosas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron’...” Lucas 23, 26-29.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Carga el Señor con la cruz. La lleva a plomo, sobre esos hombros en carne viva. Los romanos obligaban al reo a llevar ese travesaño hasta el lugar del suplicio. Era una manera de exponerlo a la afrenta pública. Y eso marcaba, todavía más el dolor de quien iba a ser ajusticiado. Via crucis. Camino de dolor que se convierte en camino de amor. El dolor que cuando se sabe ofrecer a Dios se convierte en redentor, se convierte en gloria. Allí está el Señor, dejándose ayudar por aquel hombre bueno, Simón de Cirene, que durante un trecho aguanta el peso del madero. Allí están las mujeres que, reconociendo la injusticia, lloran por Él. Allí está la Verónica que no tiene respetos humanos, no le importa que la vean, que digan una u otra cosa de ella y hace lo que tiene que hacer: limpiar la sangre del rostro de Jesús, que la mira agradecido. Allí está María, siguiendo los pasos de su Hijo: no podía ser menos, ella es corredentora y nos está invitando a seguir sus pasos, a no dejarlo solo, a no dejar que el temor, o la desesperanza, oculten un amor que siempre habrá de triunfar. Nos enseña a esa lucha de cada día, a ir marcando el paso para vivir siempre de cara a Dios.

Oración:

Señor, cuánto peso el de esa cruz que lleva en sí todos los pecados de los hombres. Todas las traiciones, todos los crímenes, todas las ingratitudes, todas las infidelidades, todas las tibiezas. Y lo quieres llevar por mí. No desprecias nada. Es el Via crucis, el camino de amor que Tú has seguido y nos invitas a seguir contigo. Que no renuncie a ayudarte

EL CALVARIO: MISTERIO DE NUESTRO AMOR

Y él cargando con la cruz, salió al sitio llamado “de la Calavera” (que en hebreo se llama Gólgota) donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos. Juan 19, 17-19.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Lo crucifican allí, en el Calvario, fuera de la ciudad, para expresar el rechazo pleno a Jesús, al que habían seguido como Maestro de Israel. Cosido al madero de la cruz entre dos malhechores. Es una violencia tremenda que el Señor asume hasta el final. En la soledad de la cruz, en el dolor de la cruz, es como si quedara resumido para siempre el dolor supremo, la entrega hasta el final. ¿Quién puede reprochar a Dios lejanía, insensibilidad, si desde el árbol de la cruz nos mira para que nuestro dolor se una al suyo, para que, ante este misterio de Amor, aprendamos a ensanchar nuestro corazón? Cristo abre los brazos, los tiene abiertos como si en el momento supremo quisiera abrazarnos a todos, a cada uno. Y, desde allí, aunque recibe insultos, y siente la soledad y la ingratitud de todos, no sólo de los que están allí, sino de cada uno de nosotros, no reprocha nada, nos mira y nos ama. ¡Cuánto amor, no hecho de palabras! Cuando las palabras parece que nos dicen poco, qué elocuentes son los hechos, el Amor, que habla a borbotones.

Oración:

Señor, que comprenda tu Amor sin trabas. Que no me queje cuando sienta el dolor y el sufrimiento, que me consuele viéndote a Ti. Que acepte tu Amor hasta la muerte, que no sea insensible a esa entrega conmovedora, y que aprenda que la medida del amor es dar sin medida, ofrecerse sin reserva hasta el final.

EL DESCENDIMIENTO: HUMILDAD Y DESPRENDIMIENTO

Vino José de Arimatea, miembro respetable del Consejo, que esperaba también el Reino de Dios, y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si había muerto hacía tiempo. Informado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en roca; luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro.
Marcos 15, 43-46.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Se acerca el sábado y no puede quedar el Cuerpo de Jesús en el madero. Unos discípulos que hasta ahora habían permanecido ocultos, José de Arimatea y Nicodemo, son los que ahora dan la cara. No tienen inconveniente en ir directamente a Pilato para pedir su Cuerpo y bajan a Jesús de la cruz. El Hijo de Dios hecho hombre ha querido que el dolor, el sufrimiento hasta el extremo, incluso la propia muerte, ganaran este primer asalto. Su Cuerpo inerte es la expresión de todo un Dios que, haciéndose hombre, se ha abajado hasta lo indecible. ¡Con cuánto cuidado tratarían al Señor en ese instante! QUITAN los clavos, la corona de espinas y lo ponen en el regazo de María, que lo recibe como Madre de Piedad, Virgen Dolorosa, Traspasada su alma de dolor. ¡Cuánta humildad la de Jesús, que se deja hacer! ¡Cuánto desprendimiento el suyo: no tiene nada, se ha dado a Sí mismo en plenitud, y allí está desnudo, desposeído de todo! Lo único que tiene más suyo son las heridas, el precio que ha querido pagar por nuestra salvación.

Oración:

Señor, mi soberbia, mi falta de humildad no me deja ver la verdad: que Tú eres el Todo y sin Ti no soy nada. Que aprenda, Señor, de esa pobreza, a valorar lo importante, y deje de lado tantos apegamientos inútiles. Y ayúdame a aprender de Ti que has querido estar desvalido y sólo, sin poseer nada, ni siquiera un sepulcro propio donde reposar.

LA RESURRECCIÓN: MISTERIO DE NUESTRA ESPERANZA

Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran terremoto, pues el Ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El Ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: « Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Mateo 28, 1-6.



Reflexión para ayudar a contemplar:

Cristo lo había dicho, pero no habían querido entenderle: se pondrían en contra suya, usarían la violencia, llegarían a destruir el templo que era su propio Cuerpo, sin embargo ÉL, que poseía poder sobre la vida y la muerte, lo volvería a levantar a los tres días. Con su Pasión, con su muerte en la cruz, todos los que lo habían seguido habían quedado decepcionados, después de ver sus milagros, después de escuchar sus palabras y llenarse de ilusión con el que consideraban el Mesías, todo se les venía abajo. Tenían la impresión de que todo había sido un sueño, de que todo lo que habían experimentado había sido en vano. Era el primer día de la semana, el día que a partir de ese momento sería el día del Señor, porque se estaba abriendo la tierra que no podía retener más dentro de ella, al autor de la vida. Ahora es cuando el Hijo de Dios triunfa y se ilumina tierra y cielo con una nueva luz, la luz de la Resurrección. Hay motivos para la esperanza. El hombre no está hecho para la muerte sino para la vida. Cristo resucitado es nuestra esperanza, es nuestra vida.

Oración:

Señor, cuántas decepciones, cuántos sufrimientos me dejan también a mí herido y tocado por la desilusión. Que no me deje llevar nunca por la tristeza, por el desencanto, a pesar de que todo se ponga en contra, a pesar de que yo mismo no esté a la altura. Que tu resurrección me llena de gozo y de esperanza, iluminando el horizonte de mi existencia.

**PARROQUIA NUESTRA SEÑORA
DE LA MORALEJA**
C/ Nardo 44. 28109
Alcobendas (Madrid)
Tlfno. 91 662 62 24



Los hechos que hemos contemplado nos hablan del Misterio de Amor de Dios hecho hombre. No son acontecimientos sucedidos en un momento dado de la Historia, que se recuerdan de vez en cuando y ya está. Es lo que ha cambiado el sentido de la vida del hombre, la vida de los hijos de Dios, la vida de la Iglesia. Cada vez que se celebra la Santa Misa se actualiza el Misterio de nuestra fe, el banquete eucarístico de la Última Cena. Nos volvemos a introducir en el Calvario, allí está Cristo con su vida entregada, con su sangre derramada, Misterio de Amor. Sentimos al tiempo el gozo de celebrar el día del Señor, el domingo: Cristo glorioso y resucitado que nos abre, en primicia, las puertas del cielo, Misterio de Esperanza. Vamos a la Misa que es el memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios hecho hombre. Todo eso nos mueve, ojalá que así sea, a la conversión. Metidos en Dios, en diálogo con Él, ponemos humildemente nuestra vida al pie de la cruz, y pedimos perdón por nuestros pecados.

Soy yo, Señor, el que ha hecho que estés ahí, que me dé cuenta de quién soy: un pobre pecador que tiene ganas de cambiar y amarte con toda el alma. Así podré recibirte en la comunión como mereces, para vivir en el alma ese anticipo de cielo que me tienes prometido. Gracias, Dios mío, quiero estar a tu lado acompañando a tu Madre, mi Madre, María, no me dejes solo.